



:: [portada](#) :: [Opinión](#) ::

12-08-2017

Maradona vs Capriles □

Ricos de izquierda, pobres de derecha

Jorge Majfud

Rebelión

Si es una contradicción ser ricos y de izquierdas, ¿no es una contradicción mayor ser pobres y conservadores de derecha? □

No hace muchas horas Diego Maradona le envió un mensaje al presidente venezolano para que lo considerase uno de sus soldados. Poco después, Henrique Capriles, el eterno candidato de la oposición venezolana (casi tan eterno como Leopoldo Lopez y su familia de empresarios de la gran prensa conservadora) respondió echando mano a una de las frases prefabricadas que más gustan de usar los reaccionarios latinoamericanos: Maradona, como tantos otros, "son gente que se dice de izquierda y al final viven como millonarios".

¿De dónde habrán sacado que si uno es de derecha puede vivir como rico y si es de izquierda debe vivir como pobre? Hace poco contestamos al mismo *fast food*, pero harto popular argumento, de que si uno escribe en una computadora y usa internet [no puede criticar al capitalismo](#), porque todo eso se debe a su creación divina.

Cierto, es muy difícil defender las ocurrencias de Maradona. El hombre, además de haber sido el único futbolista mágico de la historia, se caracteriza por una espontaneidad que va más allá de cualquier lógica. Pero pocos futbolistas exitosos se han atrevido a romper los cánones de la autoridad arbitraria. En eso tiene un mérito que se subestima: el hombre no dice lo que le conviene sino lo que piensa, equivocado o no.

Mucho más difícil es entender y justificar las decisiones del presidente Maduro. No sólo sus opciones económicas (un país dedicado al monocultivo no puede prosperar; es algo que lo hemos venido repitiendo desde hace más de diez años, no solo referido a Venezuela). También sus decisiones políticas (la Asamblea constituyente solo sirve para echar leña al fuego en la narrativa del sistema Global dominante sin ninguna ventaja política para sus opositores, por mencionar uno solo de sus errores catastróficos).

Venezuela se ha erigido hoy en una de las peores pesadillas de los progresistas latinoamericanos. Todo lo cual no significa que la vieja derecha conservadora del continente, al viejo estilo fascista y golpista, tenga algo para elogiar. No son nuevos héroes; son viejos oportunistas que, tarde o temprano, lograrán lo que se proponen. Eso es seguro. Eso de la "libertad" es una bonita excusa que ha sido usada durante todo el siglo XX para camuflar la realidad de los intereses, no solo de las clases acomodadas sino de sus padrinos, las grandes empresas europeas y estadounidenses.

La doble vara ni siquiera se considera. O no importa. Si Donald Trump destituye al jefe del FBI (James Comey) porque lo está investigando, si luego destituye a su fiscal general (Sally Yates) porque no apoyó el bloqueo a inmigrantes de siete países musulmanes (y un largo etcétera), eso es democracia. Si el presidente de una república bananera, Nicolás Maduro, destituye a la fiscal (Luisa



Ortega) por pronunciarse en su contra, eso es dictadura para los mayores medios del mundo. Si un helicóptero de la Policía científica de Venezuela ataca a balazos el Tribunal Supremo de Justicia en Caracas, si los militares venezolanos atacan un cuartel en un intento de golpe de Estado, si la oposición acumula bombas en diferentes rincones del país y los arroja a la policía o simplemente queman vivo a otros manifestantes, eso es en "defensa de la libertad" y como "legítima respuesta" de la "represión del gobierno".

Si mucho menos ocurre en Estados Unidos, en España o en Francia, eso es terrorismo, y se paga como tal. Por no entrar a considerar prisiones, como la que Estados Unidos todavía mantiene en el territorio ocupado de Guantánamo (recordemos que después de diez y doce años de torturas, la mayoría, varios cientos de prisioneros, fue declarada inocente, solo culpable de haber estado "en el lugar erróneo en el momento equivocado"; los liberados nunca recibieron indemnización, ni económica ni moral). No se puede comparar Guantánamo y las cárceles que tiene "la dictadura venezolana", cuyos prisioneros más notables se van a sus casas y conspiran cada día en la prensa internacional como si fuesen mártires.

Para colmo, Maduro se despacha con esa reforma constitucional, buena para nada. Hasta la reelección indefinida (repito, un mamarracho) ya está en la actual constitución de Venezuela. Otra demostración de que si Maduro es un dictador, nunca podrá ejercer plenamente como tal por falta de facultades plenas, más allá del cierto acoso a la prensa (sobre todo a la vieja prensa golpista, defensora de sus propios intereses de clase y finanzas).

La sagrada (y actual, con enmiendas) constitución de Estados Unidos permitió por ciento cincuenta años la reelección indefinida, gracias a lo cual el presidente (cierto, uno de los mejores que tuvo este país) Franklin Roosevelt pudo ser presidente por cuatro periodos consecutivos. Si un presidente latinoamericano propone lo mismo en América latina (déjenme repetir, a tono personal, que me parece una pésima idea), entonces es considerado propio de las dictaduras latinoamericanas. Todo lo que haga Estados Unidos o Europa estará bien, o casi bien, por la simple razón que son ellos los que administran la narrativa global (ya que, todavía, administran el sistema global que rige el mundo).

Claro que la arrogancia unilateral cada vez es más difícil de sostener. Se resiste, pero las condiciones geopolíticas y económicas indican lo contrario. Todo lo cual es de temer que se cumpla, una vez más, la lógica (o trampa) formulada por Tucídides miles de años atrás y tengamos un conflicto a gran escala en este mismo siglo, sino en esta misma generación.

Claro, José Mujica es un consecuente. Vive como piensa y piensa como vive. No deja de ser un mérito relativo. ¿Pero quién dijo que el objetivo de los progresistas es la pobreza y no la verdadera libertad, es decir, la *igual-libertad*? Si consideramos que todos (Mujica, Maradona, Bill Gates, Trump y cualquier otro ser humano que pisa este planeta) vive en un sistema global que no es otro que el capitalismo más obscuro, a mí no me sorprenden ni me escandalizan que haya hombres y mujeres que distan de ser pobres y son de izquierda. La derecha quisiera verlos pobres y anulados o, al menos, sin voz. Incluso hay millonarios con algunas ideas de izquierda, como Warren Buffett, que pedía desesperadamente que le suban los impuestos, a él y a su minúscula, insaciable y patológica clase social que continúa invirtiendo billones en propaganda para promover leyes y narrativas que



le permitan aumentar aún más sus ganancias.

En pocas palabras, no encuentro tan contradictorio que haya gente rica que sea de izquierda. Al menos no tan contradictorio como lo contrario. Según las estadísticas, los estudios y los resultados electorales, como los más recientes de las elecciones en Estados Unidos de 2016, según casi todas las elecciones en el último siglo y más en América latina, los conservadores de derecha abundan en las clases más pobres y en las más ricas. Por obvias razones. En casos son mayoría.

Entonces, si es una contradicción ser ricos y de izquierdas, ¿no es una contradicción mayor ser pobres y conservadores de derecha?

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.